

Los dos pinos

A don RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA.

mágica a cuya luz las relaciones entre los hombres parecen sometidas al influjo de horóscopos extraños y mudables como el curso de los vientos. El humor deforma la vida enriqueciéndola en variedad de aspectos e iluminando regiones de la mente humana que antes parecían situadas fuera de los límites de la literatura. El humor altera los tipos humanos y los sucesos a la manera en que el procedimiento de inversión transforma las figuras geométricas. El aspecto de las figuras se altera sin perder éstas sus cualidades substanciales.

De esta manera deforma, enriquece y exalta la vida el temperamento literario de Ganimet. *La conquista del reino de Maya* es un escorzo risueño donde están resumidos, en rasgos precisos, los caracteres distintivos de la civilización anterior al año de 1914. La descripción de las costumbres, en aquel pueblo imaginario, es la imagen geoméricamente invertida de pueblos reales en un estado de mayor adelanto. La psicología del magnate africano y la falta de escrúpulos de su consejero no son producto exclusivo de Senegambia. Se dan, también, estas criaturas en otras regiones de la zona tórrida, y aun suelen brotar frondosas y perennes en el pavimento de las grandes ciudades europeas.

La lógica de Ganimet es más bien imaginativa que real; pero las proporciones entre los entes de su creación y entre ellos y el ambiente donde se mueven, se conservan al través de sus novelas con el mismo rigor que entre las partes de un razonamiento en los ensayos cortos de que se compone el *Idearium*. Sin duda había un principio de desequilibrio en la estructura mental de Ganimet, como vino a mostrarlo la época final de su existencia; pero ese mismo desequilibrio, que acaso no sea otra cosa que un equilibrio producido por el juego de fuerzas desconocidas, era la condición necesaria para ver la existencia bajo un ángulo personal y para crear los entes literarios con que pobló a su modo ciertas comarcas del mundo de la ficción.

La traslación de sus restos de las brumas de Finlandia, país que estudió con apasionada curiosidad intelectual, al camposanto de su natal, ha suscitado en Madrid grandes entusiasmos por la libertad. Ganimet ha debido sonreír. El amaba la libertad, sin duda, pero no es difícil imaginar cuál sería su actitud en presencia de las grandes manifestaciones populares. Fué un escéptico, un refinado cultor de la inteligencia, colocado a igual distancia de los extremos y, tal vez, como Nietzsche, más allá del bien y del mal.

(De *La Nación*, Buenos Aires).

AL costado derecho de la Catedral crecen dos pinos gigantescos, sembrados por unas manos que, sin saberlo acaso, enriquecieron el parque con su más regio ornato, manos que hoy tal vez yazgan inmobilizadas en cruz si pasaron ya bajo el arco certero de la muerte.

Estos dos pinos solitarios plantados simétricamente y a corta distancia uno de otro, son como dos hermanos gemelos, cuyas cimbras puntiagudas como lanzas se tocan con cierta parsimonia cuando el viento las sacude apaciblemente, para decirse quién sabe qué hondas filosofías. En veces, cabecean como un ritmo tan parejo, que dan la sensación de algún diálogo sostenido por dos graves ancianos académicos. Contemplados desde lejos producen la impresión de dos enormes admiraciones que saliendo del seno profundo de la tierra, eleváranse al cielo para dar las gracias al sol por sus beneficios, entre otros del que los libra de estar en contacto con la pequeñez humana.

Por el tronco de uno de estos pinos trepa insistentemente con agilidad pegajosa una débil enredadera que prendió al acaso, en la semilla que arrojó el viento o que trajo en el pico algún pájaro vagabundo. La planta se enreda al árbol con vivo regocijo como queriendo debilitarlo con sus innumerables abrazos.

En esta clara noche de junio, estos dos gigantes dialogaban de una manera filosófica y amarga:

—Hermano, tú que conoces tan bien como yo de la impiedad de los hombres cuando levantan su brazo contra nosotros, ¿no crees que son nuestros mortales enemigos?

—No, hermano. El hombre es de suyo, naturalmente ingrato y no tenemos por qué dolernos, pues ya sabes que desde Caín y Abel se matan en parejas o colectivamente.

—Pero debieran ser en todo más bondadosos. Nosotros les damos la sombra amiga que refresca sus ardores del sol de verano, el fruto que les proporciona la salud, la casa que los resguarda de los rigores de las estaciones. Cuando nacen les ofrecemos la cuna, cuando mueren aún seguimos acompañándolos en las cuatro tablas del ataúd y nos podríamos con ellos.

Un viento huracanado corta esta breve conversación y las sombras de estos dos pinos alargadas por la proyección de la luna, bailan sobre la tierra como dos fantasmas, tejiendo y destejiendo una danza monótona en esta clara noche de junio.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Junio 1925.**Dr. ALEJANDRO MONTERO S.**
MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.